

A este respecto conviene hacer una observación final: María Frasca-Spada critica las malinterpretaciones del joven Hume, sin reconocer que su interpretación afecta a la totalidad de su pensamiento, como ya en 1961 hizo notar Antony Flew (cfr. *Hume's Philosophy of Belief. A Study of his first Inquiry*, Thoemmes, Bristol, 1997). Igualmente se sugiere una continuidad entre este nuevo Hume y los planteamientos actuales, incluidos los pragmatistas. Pero, según Peirce, Hume nunca analizó los presupuestos de este *finitismo probabilista*. Es más, su rechazo de la *infinita divisibilidad del continuo*, le exigió interrumpir injustificadamente el proceso de fundamentación de la noción de espacio (F. Kuhn, *Ein anderen Bild des Pragmatismus*, Vittorio Klostermann, 1996).

Carlos Ortiz de Landázuri

Grondin, Jean: *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Herder, Barcelona, 1999, 269 págs.

Por fin disponemos de una traducción al español del excelente trabajo de Jean Grondin, publicado primero en alemán en 1991, y poco después en inglés y en francés. El autor es un conocido estudioso de la obra de Gadamer sobre el que ha publicado otros libros y numerosos artículos. Precisamente la versión española de la *Introducción a la hermenéutica filosófica* está prologada por el mismo Gadamer. Aunque Grondin declara en las primeras páginas su trato personal y sus frecuentes conversaciones con Gadamer para discutir distintos puntos, la historia de la hermenéutica que ha preparado se separa en algunos momentos de la concepción gadameriana del curso filosófico que de algún modo culminaría en la universalidad de la hermenéutica.

Precisamente sobre esta cuestión, la pretensión universalista de la hermenéutica, a juicio de Grondin, pivota la unidad de problemas, métodos, en definitiva del concepto mismo de interpretación, sin la que no se justifica plenamente la posición que se arroga la hermenéutica en el panorama filosófico contemporáneo. El gran acierto del trabajo de Grondin está en no separar las tesis filosóficas o, mejor dicho, el pretendido alcance filosófico de la hermenéutica del relato sobre su origen histórico-filosófico. Al ser una disciplina ajena a la más pura tradición de la filosofía, los pensadores que han impulsado esta corriente han entendido como una

parte necesaria de su propia reflexión el esbozo de una descripción de la historia de la hermenéutica “a modo de un proceso teleológico que habría surgido desde la antigüedad para continuar a lo largo de la Reforma y del romanticismo hasta cumplirse definitivamente en la hermenéutica filosófica” (p. 21). Dilthey en 1900 y después Gadamer constituirían los hitos principales en la difusión de un esquema que, con pocas variantes, atribuye al mundo antiguo y a la Patrística un conocimiento fragmentario de las reglas hermenéuticas, y considera que sólo la Reforma de Lutero despierta la demanda de una sistemática de la interpretación. La inflexión verdaderamente filosófica de la disciplina es un mérito de Schleiermacher. Según este relato, el teólogo y filósofo alemán entendió la dimensión universal del comprender y con su propuesta de una teoría general de la hermenéutica situó el arte del comprender en una dimensión trascendental, es decir, propiamente filosófica. Dilthey, vincula la fundamentación de las ciencias del espíritu a la argumentación que defiende la dimensión trascendental del comprender. La reducción metódica que lleva consigo el planteamiento de Dilthey es eliminada por Heidegger, al vincular la hermenéutica a la facticidad humana. Gadamer declara en el prólogo a *Verdad y Método* su deuda con las tesis de *Ser y tiempo*. Fiel a las intuiciones más tempranas de la obra de Heidegger, Gadamer ha querido llevar a cabo de modo consecuente el programa no elaborado de una hermenéutica de nuestra facticidad histórica. Con Heidegger o contra Heidegger, la hermenéutica es un término habitual en buena parte de las corrientes filosóficas actuales.

El índice de la obra de Grondin informa de que en ella se trata sobre todo de indagar en los orígenes de la hermenéutica, más allá incluso de lo que dice la autocomprensión histórica de la propia disciplina a la que me he referido en el párrafo anterior. “El objeto de la presente *Introducción* es mostrar el despliegue y las perspectivas de la hermenéutica tal como la entendió Heidegger y la tradición más antigua” (p. 29). El libro se estructura en siete capítulos; los dos primeros tratan de los precedentes históricos del ámbito hermenéutico, desde la antigüedad hasta el siglo XVIII. Se echa en falta algún apunte a las tesis de Aristóteles sobre la interpretación y a su recepción medieval, pues éstas se inscriben en el marco de la discusión sobre el lenguaje y la significación de las palabras, más que en el de la formulación de reglas para una técnica auxiliar. El periodo romántico es especialmente fecundo para la universalización del comprender (o entender, pues así se traduce en esta obra el término alemán *Verstehen*) y a él y su influencia en Dilthey y en las ciencias históricas dedica Grondin los capítulos

tercero y cuarto. Los tres últimos capítulos tratan de la hermenéutica en el siglo XX.

Como cualquier relato sobre el propio pasado, es inevitable advertir que la retrospectiva en que realmente consiste la historia está marcada por el desconocimiento del origen y la necesidad de comprenderse mejor. Ya hemos apuntado que Grondin entiende la autocomprensión de la hermenéutica como una parte fundamental de la pretensión universalista de la misma. Por lo que de algún modo discutir esta central cuestión exige tener presente la retrospectiva filosófica sobre la que se apoya. En los últimos años se ha denunciado el reduccionismo que lleva esta unilateral apropiación de un problema, unas reglas y un valor cognoscitivo que fue territorio compartido por la filología, la teología y la jurisprudencia. La discusión filosófica del comprender ha eclipsado su función auxiliar en estas ciencias y ha complicado, por tanto, su trabajo sin que muchas veces todas las partes implicadas hayan podido intervenir en el debate.

Aunque Grondin concede poca importancia a la segunda mitad de este siglo, en este periodo crucial para el relato se produce la transformación de las ciencias de la antigüedad, la revisión de sus límites relaciones y método. Sin el impulso que el naciente romanticismo da a las ciencias de la antigüedad con el paulatino auge del saber histórico no se entiende la definición de la hermenéutica como el arte de interpretar según reglas, que propone Schleiermacher, ni su idoneidad como metódica de las ciencias espíritu. En esa impronta romántica es preciso reconocer la influencia de Herder y los trabajos de Humboldt, por mencionar sólo algunos de sus protagonistas.

La importancia de Schleiermacher, que sólo ahora se vuelve visible, fue destacada sobre todo por Dilthey. En su conocida biografía, atribuye a la hermenéutica general una conciencia de su tarea filosófica superior a la que el mismo Schleiermacher le reconoce. Basta estudiar sus textos de ética y dialéctica para darse cuenta de que hay una asimetría entre la filosofía y la hermenéutica, por la que si bien comprender es una operación cognoscitiva y, en ese sentido, filosófica, la hermenéutica depende de otra ciencia más universal: la dialéctica.

Poco a poco se imponen otras maneras de entender el alcance filosófico de la hermenéutica, para ello es preciso, como el mismo Grondin hace, despegarse de la propia hermenéutica que ha hecho Gadamer. Herder y Schleiermacher son dos pensadores verdaderamente fecundos para una filosofía que sitúa el horizonte de la

verdad en la transmisión lingüística. Con ello, no desaparece el interés por la disciplina, antes bien, al contrario, su imbricación con los problemas filosóficos rebasa el horizonte de nuestra facticidad, y constituye un campo privilegiado para abordar, por un lado, la cuestión de la racionalidad y comunicabilidad del saber, y, por otro, la estructura interna de la acción humana y su carácter social.

Nos encontramos ante un libro imprescindible para el estudio de la hermenéutica filosófica, y de sus precedentes históricos. En las últimas páginas se ofrece una cuidada bibliografía que se distribuye según temas, autores y periodos.

Lourdes Flamarique

Kolbe, Uwe: *Renegaten Termine. 30 Versuche, die eigene Erfahrung zu behaupten*, Suhrkamp, Frankfurt, 1998, 227 págs.

En 1976 el término *renegados* fue utilizado por un grupo de personas para referirse con gran audacia a su contribución a la cultura de la ex-República Democrática Alemana (DDR). Uwe Kolbe ha recopilado un conjunto de 30 ensayos publicados desde 1984 hasta hoy, donde se describe el uso sutil y profundo que este grupo hizo del lenguaje, con una intención de denuncia muy clara. Junto al problema político de la división de Alemania, también se abordan otros temas literarios o personales: por ejemplo, sus relaciones con el profesor Franz Fühmann, amigo de su padre, situándolas a su vez en su mundo compartido social y en su mundo entorno vital. En este sentido el término *renegados* indica el adiós individual de cada uno de estos autores a la utopía socialista.

Carlos Ortiz de Landázuri